

como para darnos á entender que la resurreccion del Salvador no estaba completa sin la Asuncion gloriosa de María, siendo esta como una parte y complemento de aquello.

Digamos, pues, en resumen, y llenos de un santo gozo, cual lo exige de nosotros la Iglesia nuestra Madre, que la Santísima Virgen María fué llevada en cuerpo y alma á los cielos, como lo testifica la piedad cristiana de todos los siglos. Así lo acredita la venerable tradicion apostólica, en un todo conforme á la vida de misterios de la que habia sido criada para Madre de Dios; pero de un modo especial las relaciones del misterio de la Encarnacion del Verbo con el de la gloriosa Asuncion de María.

Bendigamos la bondad de nuestro Dios, que así se ha dignado honrar á su Santísima Madre, honor que redundá en bien de sus amados hijos, y garantía de la gloria que esperamos en la eterna bienaventuranza.—AMEN.

SEPTENARIO DE DOLORES.

PRIMER DIA.

PROFECIA DE SIMEON.

*Super me confirmatus est
furor tuus, et omnes fluctus
tuos induxisti super me.*

Psalm. 87, v. 8.º

Al fin yo soy el destinado para anunciaros en estos dias santos los dolores de nuestra tierna Madre María. Esta empresa, superior á mis débiles fuerzas, me ha confundido en algunos momentos, y considerándome el más pequeño entre los Ministros del santuario, y el más indigno entre los siervos de María, yo me anonadaba, señores, á su vista. Empero la divina Providencia, ese Dios grande que ostenta su poder y su gloria en los objetos más despreciables... aquel que eligiera siempre para las mayores empre-

sas los medios más insuficientes, según la prudencia del mundo, me llenó de confianza. Todo lo puedo, repetía entonces con el apóstol, todo lo puedo en aquel que me conforta; y poseído de estas ideas, semejante al niño de Jeremías cuando el Señor le envía entre las gentes, me presento hoy en medio de vosotros, revestido de una fortaleza divina y de la sabiduría de Jesucristo. Muy distante de una vana ostentación de ciencia, y más aun de consideraciones mundanas, os diré con el mismo San Pablo: «nada sé más que á Jesucristo... yo vengo á anunciaros sólo á Jesucristo, y este crucificado.» Vos lo sabéis, Dios de bondad; Vos que penetrais hasta lo más escondido del corazón humano, Vos sabéis mis deseos.

Por tanto, no esperéis de mí en estos días brillantes discursos, vestidos con las flores de la elocuencia mundana, sí sólo el lenguaje triste del dolor tan sencillo como enérgico. Y si alguno de vosotros, por desgracia, ha sido conducido á este lugar santo por el espíritu de discusión y de vana curiosidad, que sepa que aquí no se discute, se siente... que aquí no se halagan las pasiones, se llora... este es el espíritu de nuestra Madre la Iglesia en estos días al recordarnos los acerbos dolores de la Santísima Virgen en la pasión del Redentor. Penetremos, pues, en este vasto campo de grandes misterios y de tiernas é importantes reflexiones, y sea el primero la presentación del Salvador en el templo. Oid.

Habían concluido apenas los regocijos de los pastores en el deseado nacimiento del Mesías, cuando los Magos acababan de retirarse á sus países, llenos de admiración y de consuelo, y cumplida ya la dolorosa ceremonia de la Circuncisión, determinan los santos Esposos José y María presentar al niño Jesús en el templo, para cumplir también otra ley del Deuteronomio. Se prescribía en este libro que todo primogénito fuera consagrado al Señor y redimido según su clase. Jesucristo no estaba comprendido en estas formalidades legales, pero había venido á darnos ejemplo. En cumplimiento, pues, de este deber, que miraban como sagrado los santos Esposos, se presentan en el templo, y al ver al divino niño, Simeon, sacerdote del Altísimo, su espíritu se transporta, le toma lloroso en sus brazos, y levantando sus ojos al cielo y poseído de inefable ternura, exclama en un santo entusiasmo: *¡Ya podeis, Señor, desatar las ligaduras que me detienen sobre la tierra, porque vieron ya mis ojos la salud del mundo!* Y volviéndose á María le dice: *¡Este niño será para la ruina y contradicción de muchos, y tu alma será traspasada con una aguda espada!* Este es el misterio que celebramos hoy.

Y ¡cuán interesantes verdades, señores, encierra la doble profecía de Simeon! Ella presenta bajo un sólo punto de vista á la afligida Madre todos los horrores de la pasión de su Hijo amado y toda la ingratitud de los hombres; por eso su alma es tras-

pasada con una aguda espada: *Ecce positus est hic in signum cui contradicetur... Et tuam ipsius animam pertransibit gladius.* Como Madre, siente los tormentos del Salvador en su pasion sacrosanta. Como co-redentora, siente la maldad é ingratitud de los hombres, para quienes en gran número serian inútiles los padecimientos del mismo.

Ved aquí, mis amados, las ideas que van á ocupar nuestra atencion en esta primera tarde. La materia es tierna y sublime, fecundas sus reflexiones, las más interesantes. Penetraos, pues, de su gravedad, y pidamos á nuestro Dios que extienda sobre nosotros un rayo de su divina luz.—AVE MARÍA.

*Super me confirmatus est
furor tuus, et omnes fluctus
tuos induxisti super me.*

Psalm. 87, v. 8.º

No hay en la naturaleza, señores, sentimiento más vivo y penetrante que el de una madre para con su hijo. Por eso la Escritura santa, al describir un dolor grande, no halla expresion ni figura más fuerte que la de una madre que llora la muerte del hijo que ama. Y á la verdad, ¿qué tristeza, qué angustias y desconsuelo no experimenta al ver que le arrebatada la inexorable muerte al hijo amado de su corazon, al objeto de todas sus delicias? Pues igual, y mucho

más agudo, fué el dolor de nuestra tierna Madre María al oír la profecía de Simeon. Este Hijo que habia recibido de las manos de su Dios, era el más justo, el más amable de los hombres. Este Hijo que habia formado con su misma sangre, por la virtud omnipotente del Espíritu santificador, era el Maestro y Libertador del mundo. Este Hijo era aquel Mesías vaticinado por los profetas, esperado de Israel y deseado de todos los justos. Este Hijo, en fin, era el unigénito de Dios y Dios eterno, piélago insondable de todas las perfecciones, ante cuya soberana presencia las naciones son como si no fueran, los imperios caen y se reducen á polvo, los mundos se balancean como la gota de rocío suspendida de la hoja del árbol. Tal era el Hijo de María... y de este vaticina Simeon que será el oprobio de las gentes y el más afligido de los hombres... de este Hijo vaticina la muerte más espantosa en su presencia misma.

Vosotros, los que sabeis lo que es el amor materno, contemplad conmigo á la afligida María delante del anciano sacerdote, escuchando atenta el funesto vaticinio. «Este Hijo, le dice, que forma las delicias de tu corazon, pasados algunos años será entregado en las manos de los pecadores, será cubierto de oprobios como el más despreciable de la plebe, será maldecido y blasfemado de los impíos, será condenado como el mayor facineroso en tu misma presencia, y tu alma, cubierta de horror, será traspasada con una aguda espada:» *Et tuam ipsius animam per-*

transibit gladius. «Y yo, Señor, anhelo el momento ya de salir de esta tierra maldecida; desatad las ligaduras que me detienen;» *nunc dimittis seruum tuum Domine, secundum verbum tuum in pace.* ¡Oh qué terrible vaticinio! María no lo olvidará jamás... la espada que atravesará su alma se la representa en cada instante, y á la vista de su amado Hijo, cuando reciba sus tiernas caricias, cuando lo vea distraído consigo mismo en sus pueriles recreos, siempre y en cada momento resonará en sus oídos el eco formidable de aquella voz del profeta: *Et tuam ipsius animam pertransibit gladius.* ¡Oh corazón angustiado de María, yo te acompaño en tu dolor y contemplo lleno de asombro el exceso de amor y de amargura de que fuiste poseído!

Yo me figuro, señores, á esta afligida Madre luchando dentro de sí misma con la funesta espada de Simeon, que cual espantosa sombra la persigue por todas partes. Unas veces cree ver en ella aquella espada de fuego en las manos del querubín que había puesto el Altísimo á la entrada del paraíso, para impedir penetrasen en aquel delicioso recinto las inmundas plantas del prevaricador; otras la espada formidable de Aod preparada para dar la muerte al rey Eglon. Ya se representa la espada de Abraham, cuando camina hácia el monte Moria para sacrificar á su querido Isaac; ya la más terrible y vengadora de Samuel, sacrificando como víctima de la divina justicia al rey Agad que, contra el expreso mandato

del Señor, había sido perdonado por Saul. Pero la espada de Simeon es, no sólo de fuego, sino un rayo abrasador, agitado de impetuoso huracán, que penetra en el instante mismo el corazón y las entrañas de María. Pero la espada de Aod, de Abraham y de Samuel, hieren sólo lo material, y su herida pasa casi instantáneamente, y la espada de Simeon divide hasta el alma misma, y su herida no se cicatrizará jamás. ¡Oh espada del Señor, exclama aquí Jeremías, hasta cuándo no descansarás!

¡Quién diera, señores, á mi lengua en este momento la elocuencia de Isaías, los doloridos acentos de Jeremías, para pintaros en sus verdaderos colores la aflicción y desconsuelo de María al oír el funesto vaticinio de Simeon! Yo, entonces, os diría que este dolor envuelve en sí los demás, porque la recuerda en cada instante los pasos más amargos de la pasión del Salvador. Yo os diría que desde entonces desapareció la alegría de su corazón, y que lloraba día y noche en los tristes recuerdos de los tormentos de su amado. Yo os diría que esta funesta espada era como una negra sombra que la seguía por todas partes, cubriendo de amargura y horror todos los instantes de su vida.

En efecto, mis amados; teniendo la Madre de nuestro Dios un exacto conocimiento de las figuras del antiguo Testamento y de la pasión del Salvador, mejor que Isaías y los profetas, cada instante de su vida sería un recuerdo de ella. Así, pues, cuando

alimentaba á su querido Jesus en su virginal seno, recordaria, sin duda, la hiel y vinagre que le seria ofrecida otro dia por los pecadores. Cuando contempla al amado de sus entrañas, reclinado entre unas pobres pajas, rodeado de animales, creeria verle ya pendiente de una cruz entre dos ladrones. Si le oye alguna vez llorar á impulsos de la inclemencia, diria en su corazon: «Hijo mio muy amado, no está lejos el dia que derrames, no sólo lágrimas, sino tambien tu misma sangre.» Si le cubre con sus vestiduras, cree ver ya á los crueles verdugos ligando su cuello y manos santísimas con cuerdas y con cadenas, y registra, en fin, en todo su cuerpo las heridas brotando sangre por los pecadores. ¡Oh, espada de Simeon, qué funestos efectos, qué amargos presentimientos has producido en el corazon y el alma de esa triste Madre! ¡Oh Virgen dolorisima, quién podrá ponderar el dolor y desconsuelo de que fuiste poseida al oir el vaticinio del anciano sacerdote! Ciertamente podeis exclamar con el profeta que se han derramado sobre vuestro corazon todo el furor y todas las olas de la indignacion del Señor: *super me confirmatus est furor tuus, et omnes fluctus tuos induxisti super me.* Pero no es esto sólo, mis amados; el dolor de vuestra tierna Madre más y más se aumenta al considerar la ingratitude y maldad de muchos pecadores, para quienes es del todo inútil la muerte del Redentor, cuya triste y funesta desgracia le representa el mismo vaticinio de Simeon: *Ecce*

positus est hic in signum cui contradicetur; esta será la materia de la reflexion moral.

Es una verdad constante que María, nuestra tierna Madre, desde el momento de la Anunciacion, fué instruida en el plan augusto de la redencion del hombre. Así, pues, al prestar su consentimiento para la obra prodigiosa que le revela el ángel Gabriel, abraza en su corazon todas las consecuencias de tan sublime misterio, se ofrece al Señor, segun sus designios, y hace una su voluntad con la del Altísimo: «hé aquí, le dice, la esclava del Señor; hágase en mí segun tu palabra.» Por eso los santos Padres la llaman co-redentora del género humano, y la Iglesia santa la ha mirado siempre como columna y fundamento de esta obra maravillosa. De aquí bien se deduce que debió experimentar un dolor grande, profundo, al oir el vaticinio de Simeon, que le representa, no sólo los tormentos materiales del Salvador, sino tambien la causa que los produce, y la ingratitude y maldad de los hombres. «Este niño, le dice, será para ruina y contradiccion de muchos, y tanta sangre, y tanto horror, y la obra augusta de la redencion será inútil para un crecido número de

pecadores.» *Ecce positus est hic in signum cui contradicetur...*

María, nuestra tierna Madre, contempla llena de amargura, en el vaticinio de Simeon, la gravedad del pecado con sus horrorosos castigos; vé la frialdad y estupidez de los pecadores, que cierran sus ojos á la luz de la gracia... y vé la cima del Calvario cubierta de sangre; de una sangre que no tendrá efecto en muchos; de una sangre preciosa y de valor infinito, cuya más pequeña parte fuera sólo bastante para la redencion de mil mundos... Vé la frialdad estúpida de los pecadores que, cerrando sus ojos á la luz de la gracia, desconocen su fin y sus intereses... Repasa en su corazon el mundo y sus habitantes, y vé tantas cavilaciones, tantos ardidés, tantos planes inicuos, tanto escándalo!... ¡y tantos hombres ingratos colmados de beneficios por su Hijo amado, preparándole en su delirio los más horribles tormentos!

¡Ella se representa el pecado con toda su deformidad, arrastrando al hombre á los más vergonzosos delitos y cubriendo la tierra de ruinas... el adulterio con toda su fealdad... el homicidio con todos sus horrores... la murmuracion, el escándalo, la irreligion, se le representan aniquilando cuanto es de su parte; la Redencion, la Cruz, los Sacramentos, la Iglesia, la obra de Dios, su poder, su sabiduría, su amor!... ¡Se representa á todo un Dios, ocupado en destruir el pecado, ya sepultando á la tierra con todos sus habitantes bajo las aguas de un espantoso

diluvio... ya arrojando sobre las ciudades nefandas azufre y fuego... ya exterminando á millares los enemigos de su nombre santo! ¡Pecadores! vosotros insensibles, adormecidos en la más espantosa estupidez, amontonando pecados sobre pecados, ínterin nuestra afligida Madre derrama por nosotros lágrimas de amor, y casi desfallece ya en el recuerdo de nuestras iniquidades!... Hemos oido que el Salvador se presenta ya en el templo para dar el primer paso en su carrera de Redentor; derrámase la sangre de animales en señal de la que lavará algun día nuestras iniquidades; nosotros siquiera pensamos en tan soberano misterio. Hemos oido la funesta profecía de Simeon, anunciándonos que aquel niño seria para ruina y contradiccion de muchos, y que una espada de dolor traspasaria el corazon de su triste Madre; nosotros no tememos si seremos del número de esos muchos, ni nos interesa examinar la causa del dolor sin límites de la afligida María. ¡Oh ingratitud monstruosa de los hombres! ¡Oh portento increíble de abominacion y de maldad!

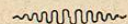
Y ¿dudaremos ya quién ha labrado aquella funesta espada, quién la preparó y dirigió con mano sacrilega sobre el corazon de nuestra afligida Madre? ¿No son, por ventura, nuestros pecados? Sí, nuestros pecados son ciertamente. ¡Y estamos tranquilos en medio de tanto horror! Pues hé aquí que esa misma insensibilidad desgarrá el corazon de nuestra tierna Madre con más fuerza que los tormentos del Salvador.

Como Madre dotada de una sensibilidad esquisita, siente los tormentos de su amado, que le anuncia Simeon bajo la figura de la espada atravesando su corazón tierno. Mas como co-redentora del género humano, vé que todos sus sacrificios, que todas sus amarguras no son de valor alguno para un crecido número de pecadores, y vé la cumbre del Calvario cubierta de una sangre preciosa, bastante á redimir á mil mundos y, sin embargo, inútil, y aun para ruina y contradicción de muchos! *Ecce positus est hic in ruinam multorum, et in signum cui contradicetur... Et tuam ipsius animam pertransibit gladius.*

Y ¿hasta cuándo, mis amados, hasta cuándo hemos de aumentar con nuestros pecados los dolores de nuestra dulce Madre? ¿No nos es bastante la acerbidad de sus penas para enternecernos? ¿Ni será bastante la ternura con que nos llama en este día, quejándose de nuestra ingratitud? «Pecadores, nos dice, ¿qué mal os hizo mi amado Hijo para que así prepareis y hagais más cruel su muerte? Vedlo ya desde su más tierna edad ofreciéndose por vosotros al eterno Padre. Ahora ofrece dos tórtolas porque se ha hecho pobre por vosotros, y esa sangre de animales, que corre ya sobre el altar, será la señal de la que otro día, muy pronto, cubrirá la cumbre del Calvario, en satisfacción condigna y superabundante de vuestras iniquidades.» ¡Mis amados, que concluya hoy para nosotros el pecado!...—AMEN.

SEGUNDO DIA.

PÉRDIDA DE JESUS EN JERUSALEN.



*Super me confirmatus est
furor tuus, et omnes fluctus
tuos induxisti super me.*

Psalm. 87, v. 8.º

¡Qué tierno y qué sublime es el lenguaje de la Escritura santa! El sagrado libro de los Cantares, esa obra portentosa, dictada entre los resplandores eternos de la brillante caridad de un Dios omnipotente, fué el objeto de mis meditaciones en este día, y yo me enajenaba lleno de dulzura en el amor más puro. El gemido de la solitaria tórtola, la voz de la triste esposa, que nos refiere el capítulo segundo, se ha grabado en mi alma. «¿Adónde te has escondido, amado de mi corazón? descúbreme otra vez tu hermoso rostro; suene tu dulce voz en mis oídos...» Ved aquí, señores, los tiernos acentos que arrebataron